

MARCO ANTONIO LANDAVAZO (Coordinador), *Territorio, frontera y región en la historia de América. Siglos XVI al XX*, México, Editorial Porrúa-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 396 pp.

En la historiografía mexicana y latinoamericana son verdaderamente pocos los trabajos que se ocupan de los problemas espaciales y territoriales, que analizan las interacciones entre espacio y tiempo en perspectiva histórica. Por ello, resulta de enorme interés la aparición de este libro, en el que se presentan doce trabajos sobre México, Argentina, Brasil y Colombia, los cuales abordan diferentes procesos históricos desde el siglo XVI hasta el XX, en los que se discute y reflexiona alrededor de los conceptos de frontera, territorio y región.

El libro está dividido en tres partes de índole temática. La primera, titulada “Frontera y región en la época colonial”, agrupa los trabajos de Lourdes de Ita Rubio, María del Valle Borrero y Silva, Sara Ortelli y Carlos Paz. La segunda parte, denominada “Política y territorio: las fronteras ‘interiores’”, la forman los capítulos de Marco Antonio Landavazo, Eduardo N. Mijangos, Marisa Pérez de Sarmiento y Aimer Granados García. La tercer y última, que lleva el título de “Las fronteras: entre el conflicto y la interacción”, está integrada por los trabajos de Dení Trejo Barajas, José Ronzón León, Saúl Jerónimo Romero y María Aparecida de Souza Lopes.

La lectura de los diversos trabajos que integran esta obra colectiva permite constatar que el tratamiento de la variable espacial en el análisis histórico admite diversas posibilidades, y que es factible alejarse de una visión en la que el territorio no pasa de ser un simple telón de fondo sobre el cual ocurren los acontecimientos históricos. En otras palabras, que el territorio, el espacio y la región pueden volverse por sí mismos objetos del análisis histórico y social, con sus múltiples determinaciones: económicas, políticas y culturales.

Resulta ilustrativo a ese respecto los diversos trabajos que se ocupan de la formación de regiones, específicamente de la construcción de la frontera como una región económica y cultural. Sabemos que los estudios de historia regional han tenido un auge impresionante en las últimas décadas; pero también se sabe que muchos de estos trabajos adolecen del problema de la indefinición conceptual, de tal suerte que la región se vuelve, no un instrumento analítico sino tan sólo una demarcación administrativa que sirve para señalar ciertos límites jurisdiccionales.

Por el contrario, en los trabajos de la primera y la tercera partes queda claro que la región, en su sentido estricto, es siempre un espacio que se construye históricamente a partir de ciertas variables, sean éstas políticas, socioculturales, económicas o comerciales. El trabajo de Lourdes de Ita sobre la organización espacial portuaria de la Nueva España en los inicios del sistema colonial, o el de José Ronzón acerca de la actividad comercial entre Veracruz, La Habana y Nueva Orleans, son un buen ejemplo precisamente de cómo se delinean los perfiles de una región: de carácter marítimo y supranacional esta última; de un punto nodal y su espacio circundante y tributario en el caso de la primera.

De igual forma, los espacios de frontera, caracterizados por una interacción dinámica y compleja, tienden a convertirse en regiones *sui generis* más que en líneas de separación. Esto se demuestra en los trabajos de Sara Ortelli, Carlos Paz y Dení Trejo. Los dos primeros resultan muy similares, pues dirigen su atención a la interacción entre grupos autóctonos y la sociedad criolla en la Argentina de finales de la época colonial. En ambos capítulos el lector descubre una explicación convincente de que los grupos pampeanos por un lado y los grupos étnicos del Gran Chaco tenían más relaciones de intercambio y negociación con la sociedad hispana que las que se solía aceptar.

En el trabajo de Dení Trejo, por su parte, se analiza el desarrollo histórico de la parte norte de la península de Baja California a mediados del siglo XIX. La autora observa que a fines del siglo XVIII esa zona sirvió de apoyo a la expansión septentrional española de carácter misional, primero jesuita, después franciscana y por último

dominica. Después de la independencia se volvió zona marginal, para convertirse, tras la guerra del 47 con los Estados Unidos, en tierra de encuentros de grupos e intereses diversos: indígenas, misioneros, rancheros, comerciantes estadounidenses. De esa forma, el territorio fronterizo devino en espacio de interacción comercial, social y cultural, no sólo una división entre dos naciones, lo que le confirió rasgos específicos que se mantienen en buena medida hoy en día. Un proceso muy similar, aunque quizá con menor intensidad, es el descrito por María del Valle Borrero para el caso de la frontera sonoreña.

La segunda parte del libro es tal vez la que guarda más coherencia, pues los cuatro trabajos que la integran se ocupan de la dimensión política del fenómeno espacial a partir de estudios de caso sobre las divisiones administrativas y territoriales de México y Colombia. El primero de ellos es el de Marco Antonio Landavazo, que trata de la evolución del mapa político de México a lo largo del siglo XIX. El segundo es el de Eduardo Mijangos acerca de las bases jurídicas de la conformación territorial del estado de Michoacán, también durante el siglo XIX. El tercero, de la autoría de Marisa Pérez de Sarmiento, se detiene en la creación del territorio de Quintana Roo en la península de Yucatán en el tránsito del siglo XIX al XX. Y el cuarto aborda la creación de otro territorio, el del Departamento del Valle en Colombia, igualmente en el paso del XIX al XX.

En todos estos trabajos está presente de manera invariable el tema de la lucha por el poder. Es notorio que los procesos decimonónicos de demarcación territorial en México y Colombia (podría decirse que de toda América Latina) son el resultado en efecto de la disputa de grupos de poder locales entre sí, y entre éstos y el poder central, que reclaman un espacio de dominio y acción. De esta suerte, el tema de las divisiones territoriales se sustrae de una consideración puramente geográfica o jurídica, para insertarse en la dinámica política y social real, en la que actores concretos con intereses diversos se enfrascan en una lucha por la apropiación y el control del territorio.

Este libro, como todos los que se integran colectivamente, no deja de presentar algunos puntos débiles. Era de desear, por ejemplo,

que se incluyera un mayor número de mapas, ya que se trata de una obra sobre el territorio y la región. La mayoría de los capítulos hicieron uso de ellos, pero hay otros que no lo hicieron así. Otra observación que se podría hacer es acerca de la diferencia entre los trabajos en términos de sus extensiones, de su tratamiento y de su calidad, aunque esto parece ser una cuestión inevitable en obras colectivas como ésta.

No obstante los señalamientos, podríamos afirmar que se trata de un libro importante, pues como advertimos al principio, el espacio y el territorio como objetos de análisis no es una preocupación que abunde en la historiografía, incluso en aquellas obras que se presentan a sí mismas como trabajos de historia regional. Si las regiones, como dijo hace tiempo Eric Van Young, son hipótesis a comprobar, nos parece que en este libro se han comprobado algunas de estas hipótesis, acerca de ciertos procesos de construcción regional, de integración de fronteras, de demarcación territorial. Plantearse esta tarea es ya de por sí un avance meritorio.

Daniela Ibarra López
Programa de Maestría en Historia
Universidad Nacional Autónoma de México

